

2007, xii + 420 pp.

Ésta es, como poco, la 58ª reseña publicada sobre *A Farewell to Alms*. La cálida crítica del *New York Times*, hace ahora dos años, cuando todavía estaba en prensa, fue la primera, y desde entonces no han cesado por todo el mundo (en España ha reseñado la obra, al menos, *El País* y *Libertad Digital*, nada menos) y en diversas áreas de conocimiento (economía, historia, psicología, epidemiología o genética). La acogida ha sido encendida, aunque no siempre favorable. Sí que hay unanimidad en que es una lectura interesante, amena y, en general, recomendable. Algunos la consideran atrevida, un soplo de aire fresco y hasta el nuevo punto de referencia en historia económica. Otros son más severos en sus juicios, acusando a Clark de temerario, deslenguado y remedador.

Gregory Clark, profesor de la Universidad de California, Davis, ha sido un prolífico investigador (8 documentos de trabajo, 35 artículos y otra cincuentena de diversas publicaciones cortas y reseñas) especializado en la Revolución Industrial inglesa, en el estudio de series largas de precios, salarios, crecimiento, etc., desde la Edad Media hasta la época contemporánea, así como en divergencia en el crecimiento¹. De todo esto trata *A Farewell to Alms*.

La primera parte del libro (7 capítulos) está dedicada a la confirmación del equilibrio malthusiano que confinaba a la humanidad hasta hace dos siglos, revisando las condiciones materiales de vida, la fertilidad, la mortalidad, la tecnología y las instituciones, así como la correlación entre el éxito reproductivo y la riqueza, fundamentado en el examen de algunos miles de testamentos. El final de esta primera parte trata de establecer el nacimiento de un hombre nuevo, adornado con nuevos rasgos: alfabetización, rudimentos de cálculo, paciencia y afición al trabajo duro, entre otras características distintivas –según Clark– de las clases medias.

Los cinco capítulos de la segunda parte se ocupan de la Revolución Industrial, subrayando el papel de la productividad total de los factores, así como evaluando (negativamente) las explicaciones habituales de su aceleración². Clark, en este punto, mantiene que

1. El libro recoge la inspiración de un temprano Clark, G. (1987), “Why Isn’t the Hole World Developed? Lessons from the Cotton Mills”, *The Journal of Economic History*, Volume 47, Issue 1, 141-173; que, a su vez, se basa en la tesis doctoral de Clark, “British Labor in Britain’s Decline”, Harvard University, Noviembre 1985.

2. La de las instituciones parece caerle especialmente antipática.

la Revolución Industrial supuso un largo proceso de innovación y también la consolidación de nuevas actitudes que se difundieron entre la población. ¿Por qué en Inglaterra y no en otros países? Según Clark, en Japón o en la China las clases ricas no eran tan fértiles como en Inglaterra, lo que junto a una expansión de la población (por una mayor higiene o por menos limitaciones en el factor tierra, respectivamente), mantuvo a estas economías malthusianamente atrapadas. En Inglaterra, en cambio, la prole de los pudientes, y su cultura, se repartió y caló en la sociedad.

La tercera y última parte de la obra trata de aplicar lo aprendido al presente. Tras constatar la brecha entre países ricos y pobres, que desde la Revolución Industrial no ha hecho sino aumentar, el autor se plantea, como tantos otros, por qué esa revolución económica no ha alcanzado a todos los países del mundo. Su respuesta es la ineficiencia, y la causa de ésta es la falta de la conducta industriosa que tantos años ha costado arraigar en los países desarrollados.

Las tesis substanciales de la obra son: (a) la práctica invariabilidad de la renta media desde el Paleolítico hasta la Revolución Industrial, atrapada la humanidad en un equilibrio malthusiano, y (b) que la causa eminente del arranque del crecimiento económico es genética, lo que para Clark explica además el lugar y el momento en que ocurrió. Sugiere que las características conductuales inherentes al éxito económico (ambición, perseverancia, disciplina, paciencia, planificación, ahorro), propias de los más ricos, se difundieron al resto de la sociedad gracias a una tasa de reproducción superior a la de los depauperados. Y en la obra abundan las recolecciones de datos que avalarían la mayor fertilidad de los pudientes, aunque las conclusiones de impresión genética de tales rasgos son siempre muy cautas.

Una primera lectura de *A Farewell to Alms* puede dejar una sensación de indefinición sobre hasta qué punto la transferencia de los rasgos importantes es hereditaria o cultural. En cierto modo la obra no queda completa sin añadir la respuesta de Clark a McCloskey (*European Review of Economic History*, 12, 175–199), donde el autor se deja de ambigüedades y aclara, y hasta cuantifica, la transmisibilidad genética de las virtudes adecuadas. Refuerza sus argumentos apelando al éxito en la mejora de las cabañas ganaderas en un período corto y propone como contraejemplo la inadaptación al capitalismo de ciertos grupos étnicos. La tesis de Clark es, a lo sumo, sugerente. Es provocativa por la forma de presentación (no es un artículo, es un libro de divulgación estudiadamente difundido), por el bagaje del autor (no es un iluminado, ni un novato) y por su ambición comprehensiva (lo explica todo y de golpe). Pero no es original ni está fundamentada.

La idea central (la difusión de los genes de los ricos distribuye los rasgos adecuados para el desarrollo económico) no se sostiene con la evidencia aportada. Constatar la fertilidad de los acaudalados mediante el examen de una muestra de testamentos ingleses es muy ingenioso, y daría para uno de esos excelentes artículos de Clark, pero nada más. Es una idea ya vista y muy documentada en antropología histórica. Lo que falla es la supuesta transmisión de las características que Clark identifica como decisivas en el aumento de la eficiencia, por mucho que el autor apele a la domesticación animal o a los azules ojos nórdicos.

El libro contiene multitud de afirmaciones (como por ejemplo: la descendencia en términos de consumo racional, la especialmente alta fertilidad de los ricos en Inglaterra,

las apariciones en un motor de búsqueda como indicativo de la incompreensión de la Revolución Industrial, la ineficacia laboral de diferentes culturas, etc.) en una obra de ensayo acumulativo, donde la autoridad, la elocuencia y algunas tablas y ecuaciones permiten al autor deslumbrar... e incluso convencer a algunos. *A Farewell to Alms* está cuajada de aseveraciones muy sensatas y de otras mucho menos evidentes. Entre las primeras se podría citar la correlación entre riqueza y fertilidad, que la calidad del trabajo es decisiva para la producción, que los ricos tienen más éxito reproductivo que los pobres o incluso que, en los ferrocarriles, más mano de obra no arroja más producto. Ejemplos de las más problemáticas serían la eficacia del darwinismo social, o la inutilidad de la ayuda al desarrollo. Ahora bien, la mayoría de esas afirmaciones, tanto de un grupo como de otro, y desde luego todas las fundamentales, son tomadas –no siempre declarando los precedentes– de otros autores, aunque son bellamente refritas.

A no pocos críticos de la obra les ha complacido el varapalo –nada excepcional, tampoco– que el autor propina a los métodos estereotipados de ayuda al desarrollo, tanto de grandes organismos internacionales que predicán cambios institucionales, como a organizaciones humanitarias y filantrópicas con sus donaciones. La única alternativa que propone Clark es la inmigración. Literalmente, “liberalizar la inmigración”. Lástima que, por una vez, no cuantifique. No nos enseña hasta dónde convendría llegar.

A Farewell to Alms es un libro recomendable, agradable de leer y un ejemplo en el uso cuantitativo de variables de aproximación en historia económica. Es modélico su esfuerzo por aprovechar los avances de otras disciplinas, incorporándolos en un solo cuerpo con el objetivo común de desentrañar las causas de nuestra historia. El propósito de aprovechar ese conocimiento para entender el presente, e incluso especular con el futuro, es muy meritorio. Sin embargo podría ser una lectura perjudicial para entendimientos tiernos e inteligencias impresionables, porque Clark es lo bastante elocuente como para deslumbrarlos y hacerles creer que la originalidad consiste en retomar, y que está al alcance de cualquiera. Podrían creer, además, que la formalización matemática es la única vía seria de conocimiento, descuidando que la modelización no pasa de ser un entretenimiento (porque no es única la función que es capaz de ajustar unos cuantos puntos) si sólo sirve para explicar el pasado, pero se muestra incapaz de anticipar el futuro. Los más irreflexivos podrían pretender que cualquier asunto complejo, verdaderamente complejo, reticular, sea la Revolución Industrial, el crecimiento económico o la proporción entre hereditario y adquirido para la definición de un rasgo humano, se puede explicar con funciones de dos variables. Los lectores más inocentes pueden pensar que los conceptos manejados por Clark son unívocos, se trate de paciencia, racionalidad o cultura.

Se acostumbra a reservar para el final de un ensayo las mejores palabras, las sintetizadoras, conclusivas y perennes. Clark remata su obra con una reflexión sobre la felicidad. A la honda mirada del autor, hacia el final del libro, se le queda pequeña la renta *per capita* y despliega su capacidad especulativa hasta ahí, descubriéndonos que el dinero no da la felicidad. Da por sentado que existe una única forma de entender semejante noción, y que la encuesta es un método perfectamente válido para medirla. Fiel a sí mismo, Clark ataca con las correlaciones. No explica nada nuevo, ni explica tampoco por qué considera la felicidad una magnitud de suma cero, pero al menos no garantiza la propensión hereditaria a la felicidad de determinados grupos, ni da recetas de cómo alcanzarla. A Clark,

al final del libro, le aprieta el corsé de historiador, aunque sea *big*, y alcanza el plano filosófico. Pero si Clark no se empacha por acusar a los economistas (y hasta a algunos historiadores de la economía) de ignorancia en historia, se puede recriminar con plena justificación al profesor Clark no saber suficiente historia de la filosofía.

RAFAEL ALCALDE